



**BIBLIOTECA VIRTUAL
MIGUEL DE CERVANTES**

BIBLIOTECA AFRICANA

www.cervantesvirtual.com

JOSÉ F. SIALE DJANGANY
Cenizas de Kalabó y Termes

[fragmento]

Edición impresa

José F. Siale Djangany, *Cenizas de Kalabó y Termes* (2000).

En

José F. Siale Djangany, *Cenizas de Kalabó y Termes*. Ávila: Editorial Malamba. (2000). (29-36)

Edición digital

José F. Siale Djangany, *Cenizas de Kalabó y Termes* (2014)

Carolina López Tello (ed.)

Biblioteca Africana – Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes
Enero de 2015



Este trabajo se ha desarrollado en el marco del proyecto I+D+i, del programa estatal de investigación, desarrollo e innovación orientada a los retos de la sociedad, «El español, lengua mediadora de nuevas identidades» (FFI2013-44413-R) dirigido por la Dra. Josefina Bueno Alonso



Cenizas de Kalabó y Termes

José Siale Djangany

Ya lo tengo dicho. Nací en Santa Isabel, aquella ciudad de corte colonial con manzanas casi idénticas, rectangulares, cuya parte más antigua está edificada con casas de madera sobre pilones de hormigón o de sólidos ladrillos, con unos peldaños con tablonos por la parte delantera de la casa, que llevan a ciegas a una especie de corredor exterior por el que se puede rodear las tres cuartas partes de la casa. Una ojeada sobre el hombro derecho permite ver las torres de la catedral dando protección al palacio arzobispal, haciendo frente a los altos y robustos palmerales de la peculiar plaza de la que, en años venideros, hombres forzudos arrancarían de cuajo la estatua que se erguía en su centro. La gran catedral asomándose a la mar como para no perder de vista la amplia bahía con los islotes Enríquez, que desafiaban desde tiempos inmemoriales las imponentes "Punta Fernanda y Europa".

Luego, cuanto más los pasos llevan al curioso a través de los años, aparecen las primeras construcciones de ladrillos sólidos sobre cimiento. Todo aquello, las estrechas calles con los grandes almacenes, daba la sensación de que la gente se instaló aquí para largo rato, fundar esta ciudad, vivir en ella, dar hijos para verlos crecer con la piel tostada. Fueron Portugueses, Ingleses, Krumanes, Bubis, Monroviianos, Españoles. El plan de urbanización hizo que, grosso modo, la ciudad fuese cuadrículada en todas sus manzanas, de tal suerte que a vista de pájaro se viera una tabla de ajedrez con una larga cola que a través de siete kilómetros de suave y frondosa vegetación, conduce al aeródromo. A vista de hombre, se ven unas largas, rectilíneas calles, con su negra capa de alquitrán reflejando espejismos del agua de la cercana mar, dueña de innumerables riquezas, testigo de valiosos acontecimientos entre seres de mente y fines dispares que por la magia de la naturaleza humana llegaron un día a convivir en armoniosa tolerancia.

La Diputación Provincial, que a pesar del paso del tiempo algunos se afanaban en denominar todavía "Patronato de Indígenas", tuvo la idea de un proyecto de urbanización del terreno colindante con parte del río Cónsul en las cercanías del Orfanato de Nuestra Señora de la Almudena, donde ya se había construido el reformatorio juvenil de San Pedro Claver. Lanzaron un concurso de urbanización en el que se solicitaba de los arquitectos interesados un anteproyecto de urbanización con varios edificios: la casa de la cultura, la residencia femenina, el asilo para ancianos e inválidos, los centros de reeducación de menores... Hasta esta fecha, no se hizo ni esto. Blablabla. Sólo quedan erguidos en dicho lugar, como huérfanos del tiempo, un inmueble de tipo sifón para jóvenes turbulentos y la pequeña vivienda de servicio para el educador. Cuando en años venideros los adolescentes del centro escolar de los Lasalianos se expandían por esos parajes en sus momentos de recreación, sigilosamente asomábanse por las ventanillas de aquella cárcel para niños, espionando a "los malos", conservando con exagerado detalle aquella imagen de privación.

Es así como de trecho en trecho me abría yo camino hacia el porvenir en medio de aquellos símbolos e instituciones de mi sociedad, ignorando por completo que se engendrarían días en que con toda la desenvoltura del mundo a los de por aquí les daría por ponerse a mear contra los muros y las llantas de los automóviles en aparcamiento. ¡Cuántas cosas nos escondía el futuro!

* * * *

Mis padres, gente gentil, cultivada dentro de lo que en esa época cabía, me mimaban demasiado, según comentario de los vecinos detractores de mi familia que pensaban que yo era un niño descomedido y que "unas cuantas palizas más me hubiesen ayudado a ser un hombre en la vida". En realidad nunca fui genial en clase. Lo cierto es que me espabilé en conocer perfectamente la regla de tres, las vocales, las consonantes, los verbos auxiliares, regulares e irregulares, las más valiosas lecciones de las unidades didácticas como la geografía nacional. Mi mejor nota era un seis y medio, pero me gustaba leer. Eso me ha salvado de la caries intelectual. El resto de mi tiempo se consumía en juegos, peleas, partidos de fútbol de tres horas, sustracción de cañas de azúcar en el "cinco, carretera de Rebola", de piñas de cacao en las fincas de Alcaide, donde me atacó una vez un nigeriano con un largo y afilado machete, por cuya causa tuve que salir corriendo hasta los alrededores de la central de radio, donde me paré al ver que el nigeriano dudaba en salir del bosque con su arma blanca de casi un metro. Le tiré la lengua. Mostré mis posaderas y canté burlón el "Makambo mi Balé Mokili Mobimba" seguido del insigne "Calabar Man come fufú-banana".

Pasé gran parte de mi formación primaria con unos curas o hermanos católicos que acostumbraban a darnos sobre la cabeza con sus llaveros. En disquisiciones triviales lejos del alcance de sus oídos, algunos lasalianos afirmaban ingenuamente que esos eran monjes, otros, que se trataba de frailes, mi banda opinaba que los del padre Enrique no eran más que simples curas urbanos, sin voto de castidad ni de pobreza ni de nada. Sólo religiosos con sotana, punto. Existen pruebas de que comen chuletas de cerdo y que de vez en cuando " lo hacen". Con ellos aprendí a tocar un poco la guitarra, la pandereta, así como a hacer figuras con patatas y cajas vacías de queso. Aquello se llamaba cultura general o trabajos manuales. También montábamos pequeñas obras de teatro al final de cada año escolar, venían nuestros padres a vernos cantar. Aprobé fácilmente el cuarto curso de promoción. Llegó el día del examen para ingreso en la enseñanza secundaria. Entonces el Instituto de enseñanza media se denominaba "Cardenal Cisneros", tenía su sede en un bonito inmueble que amalgamaba arcos de medio punto con torres de cultura mora. Mis padres se gastaron un dineral para comprarme la ropa con la que me presenté a las pruebas que superé con un cinco pelado. Para aquel examen de trascendencia para nuestra familia, mi madre me tiró de la cama con los primeros cantos de los gorriones, me condujo a la cocina donde una olla de grandes dimensiones que utilizábamos para cocer ñame, echaba vapores por los recodos de su tapadera, cargando el aire con un denso aroma de citronela, cortezas, hojas de guanábano y semillas de picante que, aun tiritando de frío, me despejó sobre la marcha. Gateé a cuatro patas entre las piernas de mi madre como para un renacer. Me bañé en abundancia con el mejunje de la olla cuyo contacto con mi piel me produjo sensaciones de

confianza y fortaleza. Mi madre me ungió las manos, la frente, con aceite de nuez de palma, al acabar, pronunció la primera frase de aquella madrugada: "aprobarás". Mi primer aula fue la del primero "B", justo encima de la Dirección General, lo que nos valió más de una visita del Jefe de Estudios con su famélico trozo de una flexible y resistente ramita de caña, el "don pepe" como la llamaba, con la que asestaba dolorosos golpes en las espaldas de los abusadores, quienes se retorcían de emociones, tragándose penosamente sus lágrimas para no dejarlas caer delante de las chicas. Entre nosotros llorar ante una niña era prueba de debilidad. El primer año culminó con mediocre éxito gracias a la ayuda de innumerables chuletas. Del francés supe dos palabras: bonyú, merssi. Del inglés: nonsense y rubish. Así las escribí durante toda mi vida. En el aula todos teníamos novias, novias bien platónicas. La mía se llamaba Amparo, era de la misma edad que yo. Mi primer día de clase fue una catástrofe. Nada más verme aparecer con mi cartera, mi pantalón corto, mi camisa ajustada y mis sandalias de plástico, los que se creían los jefes de la sala me bautizaron con el seudónimo de "ribúku". Lo soporté durante cuatro meses porque mis padres me aconsejaron ser buen chico, no meterme en peleas ni discusiones triviales. Al cabo de largo rato, me percaté de que si bien las chicas no se mofaban directamente de mí, ese alias no constituía, ni mucho menos, la razón por la que me ignoraban, ni caso me hacían. Una mañana de malhumor, esas mañanas que por todo desayuno me daban pan seco y agua, el sempiterno Aurelio Rilepá abrió su sucia boca para nítidamente pronunciar la palabra "ribúku".

Fue la última vez. Como saldo hubo una nariz rota, un labio partido, los de Aurelio evidentemente. Todavía entonces no había salido a la luz lo de su incircuncisión. Me quedé castigado a la salida para limpiar los retretes aunque el dichoso Aurelio se ganó la amenaza de una expulsión si se volvía a alborotar con eso de "ribúku".

Mi paso por el segundo "A" resultó suave, sin accidentes que valieran la pena revelar, excepto mis besos escondidos con Amparo tras superar la fase virtual de nuestras tendencias. Fue en el quinto curso donde me estancué, debido a no sé qué de malas compañías y propensión al vagabundaje.

En estos tiempos ya casi no se otorgaban becas nacionales para los alumnos del bachillerato. Tampoco se ofrecían medios de formación profesional a los indigentes que no prosperaban en la enseñanza media. La parentela sufragaba todos los gastos inherentes a la formación escolar de los hijos e hijas. Sin embargo, me acuerdo que en círculos de gente de larga vida mi padre solía decir que gracias a las becas de la Diputación Provincial y del Ministerio de Educación Nacional, él y su hermano llegaron a ser "alguien" en esta vida. Citaba nombres de agraciados con becas de la colonia: Cándido Olivera Muma (chapista), Patricio Yeck Bohopo (instalador eléctrico), Abilio Ripeu Chicampo (carpintería). El hermano mayor de mi madre, un presumido de mucho cuidado, tras su beca de estudios en la península ibérica, se hizo importante. Participaba con su distinguida esposa en casi todas las suculentas recepciones que se dieron en la Diputación Provincial. Hasta parece, se aprendió de memoria pasajes del discurso del Sr. Alzina en la cena que se dio el quince de agosto de mil novecientos sesenta y uno en honor al Comodoro S. Midleton, quien encabezaba la "flota de la

amistad", la 124 flotilla de la marina de guerra de los Estados Unidos de América en su estancia por Santa Isabel. "Nuestro deseo, (recitaba mi tío), habría sido el de acoger a muchos otros de sus compañeros en esta primera visita de buques de la armada de los Estados Unidos a nuestra provincia. (En este lugar mi tío daba un respiro y ponía cara de solemnidad histórica). Nos lo impide la limitación de nuestro salón y el deseo de congregarse una selecta representación de Fernando Poo. Estoy seguro señor Comodoro, que al contemplar a los primogénitos de nuestra comunidad española, que son los Bubis, Annoboneses y Fernandinos... se alegrará de esta hermandad."

* * * *

En un lapso razonable vino a Santa Isabel el mismísimo Generalísimo, Caudillo de España, acompañado de su ministro subsecretario de la Presidencia para que en una ceremonia oficial en la que participó el Comisario General de España, el presidente del Consejo del Gobierno de Guinea le expresara la gratitud de los habitantes de Fernando Poo y Río Muni. Años después, justamente del diecinueve al veintiuno de agosto del año mil novecientos sesenta y seis llegaron a Santa Isabel de Fernando Poo, siempre llegan pero luego no se quieren ir, miembros de la subcomisión del Comité de Descolonización de las Naciones Unidas, sentándose cara a cara con los ocho miembros del Consejo de Gobierno autónomo a excepción de don Luis R.M.R. que acababa de fallecer. En dichas sentadas hablaron de todo y de nada. Abordaron la cuestión de la rabia que les dio a las mujeres de aquí el no poder dar su opinión socio-política en las últimas elecciones. Aun con ciertas discrepancias, se dijo que el sufragio universal para todos los adultos mayores de dieciocho años subsanaría la injusticia para que cesasen de desgañitarse las señoras.

No muy lejos de estas fechas, se terminó con una larga crisis armada que los blancos denominaron segunda guerra mundial, ya que con anterioridad, la armaron con otra que denominaron primera guerra mundial. A aquella batalla se llevaron africanos que indistintamente llamaron "tirailleur sénégalais" si bien no todos eran senegaleses. En realidad sirvieron de carne de cañón. Cuando los negros que sobrevivieron a aquella matanza retornaban a sus aldeas, no dejaron descansar bocas ni maxilares de tanto contar historias de "laquer mondió". Después de la guerra, los africanos al saber que como ellos los blancos sangraban y se ponían a temblar ante la muerte, tomaron conciencia de su igualdad. Desde entonces no descansaron hasta que por doquier florecieron las independencias basadas en la soberanía de los pueblos, el rechazo de la colonización y la aculturación. Hubo presiones de todas partes. En lo que nos concierne, el día cinco de julio del año mil novecientos sesenta y cuatro, se dio un primer paso con la publicación por España, de la Ley de Autonomía para Guinea. La independencia se estaba cocinando pero faltaba la sal. Me acuerdo de una mañana cuando mi tío apareció y se hizo acompañar por mi padre. "Vamos a votar a los miembros de la Diputación Provincial, luego a los del Consejo de Gobierno", dijeron a mi madre. Ya antes de la votación aprendí cómo algunos ciudadanos se quejaban del trato que les reservaba la ley impidiendo su inscripción en el censo de residentes mayores de dieciocho años. En efecto, según me lo explicó mi madre, el artículo octavo en su numeral seis de la instrucción colonial del veintiséis de septiembre del año mil

novecientos sesenta y tres estipuló la exclusión del censo a las personas que se hallaban acogidas en establecimientos benéficos o estuvieran, a petición propia, autorizadas a implorar la caridad pública. Era lo mismo que decir con toda sinceridad que los pobres no tenían derecho a censo, ni, por vía de consecuencia, a voto.

Pasaron algunas semanas cuando, elegante y sonriente, volvió mi tío con una botella de coñac "Tres Cepas" para celebrar el juramento de Enrique Gori como primer presidente de la Asamblea General. Esta botella de licor se la debían a don Pablo. La primera vez que este hombre, me refiero a don Pablo, se personó en la tienda de "Virgo y Laurel", el dependiente intentó impedirle el acceso al mostrador. "Un momento por favor, le dije, soy don Pablo Buendía Rongo, funcionario de la administración colonial, hablo perfectamente el español, el francés y el N'dowe. Soy emancipado pleno con derecho a metrópoli. Verifíquelo en su lista. Aquí tiene mi autorización para la compra de bebidas espirituosas, la firma del administrador de la colonia es bien auténtica y la próxima vez que me falte usted el respeto se enterará el Gobernador. Deme también un litro de vino tinto pero que no sea de ninguna de las firmas comerciales afectadas por la prohibición de importación del diez de mayo". Al vaciar el contenido de la botella, afirmaron mis parientes que aquella primera euforia era de paquete, pues la que se iba a montar en la verbena oficial, que ni nos lo cuentan.